

TUMBAS PRINCIPESCAS ETRUSCO-LACIALES

Juan A. Santos Velasco*

RESUMEN. - Sucinto repaso a las denominadas tumbas principescas de la Etruria y el Lacio primitivos, cuya importancia como documento arqueológico ha quedado eclipsada ante las inmensas riquezas de ciertas tumbas orientalizantes del siglo VII a.C., más conocidas.

ABSTRACT. - This paper revises the so call princely burials from the Iron Age Etruria and Latium. Its meaning in the archaeological record has been underestimated in comparison with some orientalizing graves with enormous wealth of the VIIth century B.C.

PALABRAS CLAVE: Cultura vilanoviana, Cultura lacial, Tumbas principescas.

KEY WORDS: Villanovan culture, Lacio culture, Princely burials.

Antes de comenzar con este pequeño texto dedicado a la memoria de Manuel Fernández-Miranda quisiera, en unas pocas líneas, recordar a la persona y al profesor con quien mantuve una estrecha vinculación a lo largo de los años de la carrera y el doctorado, y a quien debo las sugerencias de los temas de mi Memoria de Licenciatura y de la Tesis doctoral, que obviamente han marcado mi trayectoria profesional hasta la actualidad. El tema que he elegido para este homenaje no lo ha sido al azar, quiero con él subrayar los muchos lazos que mantuvo el homenajeado con la arqueología mediterránea y, en concreto, con la italiana, así como la reivindicación pública que hacía de la misma, frente a la presión historiográfica que las corrientes anglosajonas ejercían y ejercen en la investigación prehistórica española.

La aparición de las llamadas "tumbas principescas" de la Protohistoria europea es uno de los acontecimientos arqueológicos más interesantes de este periodo, como exponente de los profundos cambios económicos y sociales que afectan a las comunidades de la Prehistoria reciente de nuestro continente; constituyendo un fenómeno característico en el desarrollo de buena parte de sus culturas más significativas tanto continentales (Halstatt) como mediterráneas (la Edad del Hierro etrusco-lacial), a lo largo del I milenio a.C.

Uno de los ejemplos más espectaculares, por lo inusitado de la riqueza de algunos depósitos funerarios con los que se enterraron ciertos príncipes, es el de Etruria y el Lacio entre los siglos VIII-VII a.C. Son de sobra conocidos por todos los grandes atesoramientos de las tumbas Barberini, Bernardini y Regolini-Galassi, datables entre 675-650 a.C., durante el período orientalizante. En sus ajuares se acumulan ricas armas de parada, objetos de bronce, joyas finamente trabajadas con las técnicas orientales del granulado y la filigrana, e importaciones fenicias y griegas. Desde el punto de vista histórico, estos sepulcros ponen en evidencia la total y definitiva ruptura de la antigua comunidad de parentesco igualitaria y la concentración, en unas pocas manos, de las riquezas y excedentes de producción; los cuales, en el caso de Etruria y el Lacio, debieron ser enormes, dada la liberalidad con que se amortizaron objetos suntuarios en las tumbas, sin parangón en otros centros del Mediterráneo. No obstante, hemos de considerar que las tres tumbas citadas en el párrafo anterior forman un conjunto único en Italia y por ello no deben considerarse como la regla sino, más bien al contrario, como la excepción. De hecho, sus riquezas son de tal magnitud que han dejado en un segundo plano una larga serie de sepulcros que no por menos espectaculares dejan de poseer la misma relevancia documental in-

* Departamento de Ciencias Humanas y Sociales. Universidad de La Rioja. C/La Cigüeña, 60. 26004 Logroño.

trínseca. Es a estas sepulturas a las que quiero dedicar las líneas que vienen a continuación.

I. LA SITUACIÓN EN ETRURIA

El largo proceso de transformaciones económicas y sociales que hacen posible la acumulación del poder en manos de estos grandes personajes que denominamos *principes* se remonta al final de la Edad del Bronce e inicios de la Edad del Hierro, cuando en las necrópolis se observa que algunos ajuares sobresalen de la homogeneidad general con la inclusión de algún elemento externo de riqueza. No obstante, de acuerdo con la mayor parte de los estudiosos, hasta el siglo IX a.C. la estructura social villanoviana es relativamente sencilla, en la cual tan sólo se enfatiza una rígida diferenciación por sexos y edad, con elementos de ajuar exclusivamente masculinos o femeninos, entre los que pueden aparecer de forma más o menos esporádica otros objetos con una fuerte carga ideológica y sociológica como las armas, especialmente el yelmo y la espada, que nos advierten del papel relevante de algunos hombres adultos en el seno de una comunidad aún poco estructurada.

Durante la segunda mitad del siglo IX a.C. la situación que se advierte es más compleja. La función social del guerrero se remarca y, en opinión de Torelli (1984) y Bartoloni (1989), ya existirían fuertes diferenciaciones sociales en el seno del grupo, aunque éstas no se representarían todavía en el registro arqueológico funerario debido al peso de una ideología dominante tendente a resaltar la igualdad de los miembros de la comunidad. No obstante, contamos ya con ejemplos elocuentes de las mutaciones socio-económicas que se están produciendo como el ajuar de la T-179 de la necrópolis de Salciatello di Sopra perteneciente a un guerrero de alto rango, que se enterró con un yelmo de cerámica y ricos objetos de bronce y ámbar (d'Agostino 1985: 55).

Pero en el siglo VIII a.C. los cambios van a ser rápidos y drásticos. Ya durante la primera mitad del siglo se data la T-1 de Poggio de l'Impicato (fig. 1), con un yelmo de bronce y cerámicas de diversas procedencias centroeuropeas y meridionales (d'Agostino 1985: 57), como los vasos griegos procedentes de las colonias suritálicas de Cuma y Pithecura, fundadas ambas hacia 770-750 a.C. y que abren definitivamente el área tirrena al comercio a larga distancia con el Mediterráneo oriental, sobre la base del intercambio de materias primas (minerales, metales, madera, cereales, sal) de las que Etruria contaba en abundancia con productos de lujo que se acaparan en las tumbas de la élite dominante villanoviano-etrusca

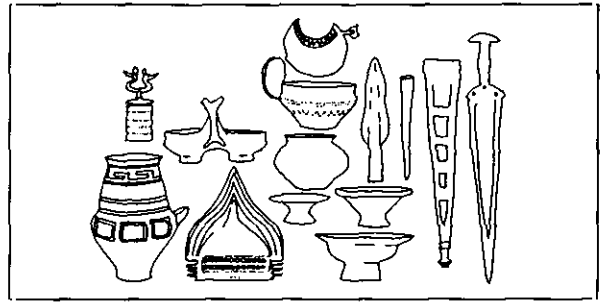


Figura 1.- Ajuar de la tumba 1 de Poggio dell'Impicato (Tarquinia). *Prähistorische Bronzefunde*, 9-1, 1970, fig. 79.

(Camporeale 1985: 84).

Dos elementos de cuya importancia ideológica y social no vale la pena insistir: los bocados de caballo y el carro subrayarán, a partir de ahora, el papel dominante del personaje enterrado. Los primeros se documentan aisladamente, desde fines del siglo IX a.C., pero sobre todo durante el siglo siguiente; mientras que el carro se documenta en Etruria a partir de 750-725 a.C., en el momento final del villanoviano. Por las mismas fechas (mediados del siglo VIII a.C.) nos hallamos, asimismo, ante otras novedades funerarias, como la aparición de tumbas en círculos, en Vetulonia, que constituyen una evolución hacia los sepulcros colectivos de cámara de un clan o *gens*, propios del siglo VII a.C., y que traslucen ya los progresos que se están produciendo en la afirmación de una sociedad de carácter gentilicio (Camporeale 1992: 92).

Durante la segunda mitad del siglo VIII a.C. culmina el proceso que estamos viendo en sus grandes líneas. Es ahora cuando aparecen las tumbas que podemos considerar propiamente *principescas*: la tumba del Guerrero de Tarquinia (Hencken 1968; Kilian 1977), en cuyo ajuar encontramos bocados de caballo, objetos de bronce, fibulas de plata y ámbar, un pectoral de bronce y oro, así como varios vasos griegos; la tumba AA1 (750-730 a.C.) de la necrópolis de Quattro Fontanili de Veio (Bartoloni 1989: 200) (fig. 2); o la tumba 871 de Grotta Gramiccia, Veio (hacia 730 a.C.) (Müller-Karpe 1974), en las cuales hallamos todos los objetos propios de los *principes* de este período, las armas (casco crestado, espada, escudo, hachas de talón), tripodes de bronce y copas griegas.

El período orientalizante antiguo (720-650 a.C.), fase de apogeo de la sociedad principesca etrusca, podemos considerarlo iniciado desde el punto de vista de la arqueología funeraria con la tumba de Boccanis de Tarquinia, llamada así por el vaso egipcio de fayenza, fechado durante el reinado de aquel faraón (Hencken 1968: 158-166) que da nom-

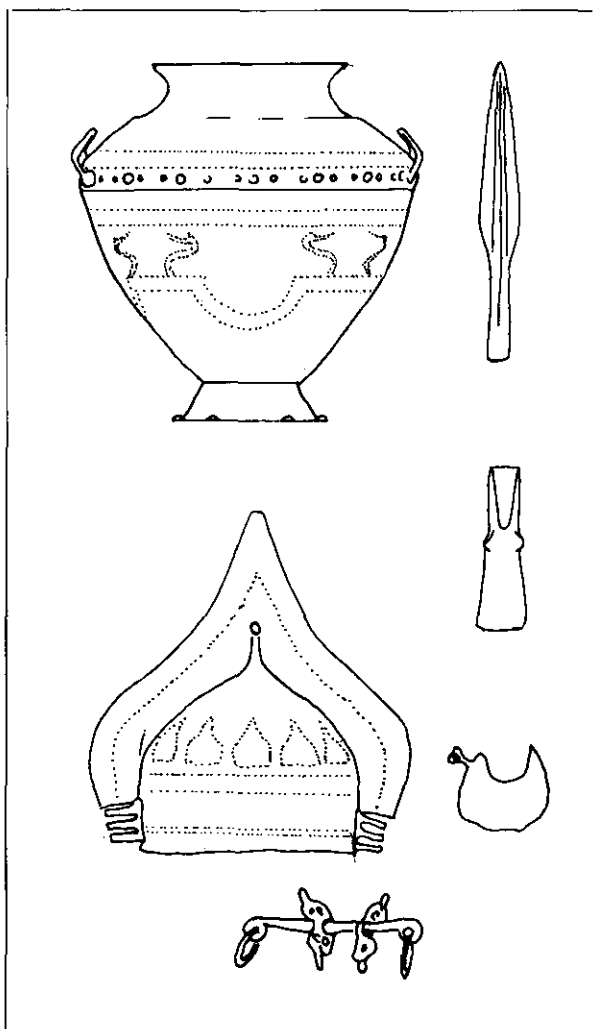


Figura 2.- Parte del ajuar metálico de la tumba principesca AA1 de la necrópolis de Quattro Fontanili (Veio). Según Bartoloni 1989.

bre y fecha la tumba hacia 720 a.C.

A partir de este momento, el número de tumbas principescas aumenta considerablemente. Entre ellas se cuentan la 39 de la necrópolis de Benacci Caprara de Bologna (725-700 a.C.) (Tovoli 1989) (fig. 3); la 24 de Olmo Bello, Bisenzio, datable a fines del siglo VIII a.C. (d'Agostino 1985: 78); la tumba de carro de la necrópolis dell'Osteria (Vulci), en el Museo de Villa Giulia, con importaciones griegas que permiten fecharla hacia 700-675 a.C. (Cristofani 1985: 214); o la tumba VIII de Saturnia de mediados del siglo VII a.C. (Donati 1989).

Pero todas ellas quedan eclipsadas por las enormes riquezas de la conocida tumba Regolini-Galassi de Cerveteri (675-650 a.C.), de los Museos Vaticanos.

En el siglo comprendido entre 750-650 a.C. se ha consolidado el proceso de emergencia y afirmación de lo que se conoce en Etruria como la *sociedad*

de los principes, siendo sus tumbas la demostración más fehaciente de ello. Ha surgido y se ha consolidado una sociedad aristocrática, en el seno de la cual hemos de pensar que existen ya instituciones como la propiedad de la tierra y la herencia, que permiten el refuerzo y perpetuación de la clase dominante. Mientras tanto, la fuerza de trabajo la proporcionaría la clase o clases dominadas bajo formas de clientela o esclavitud (Cristofani 1984: 112). Es el período durante el cual quedan fijadas las dos grandes categorías sociales del mundo etrusco: la aristocracia y los siervos. Estructura social que, con pequeñas variantes, pervive hasta la conquista romana.

2. LA SITUACIÓN EN EL SUR DEL LACIO

Según Cristofani y Zevi (1985), en el plano de la cultura material, durante el período comprendido entre fines del siglo VIII y principios del VII a.C. hay una comunidad de costumbres e ideología orientalizantes comunes desde Etruria a Campania, Lacio incluido. Los influjos tardo-villanovianos en la cultura lacial son tan fuertes en la segunda mitad del siglo VIII a.C. y en época orientalizante que se puede hablar de un alto grado de aculturación etrusca en Roma y en el conjunto del Lacio meridional (Cristofani 1984: 101).

No obstante, la cultura lacial tiene las suficientes señas propias de identidad como para diferenciarse netamente del área villanoviano-etrusca desde los inicios de la Edad del Hierro. Gracias a ello, en los años setenta, Müller-Karpe hizo una propuesta cronológica regional, autónoma de la villanoviana, basada en la evolución tipológica de ciertos elementos de cultura material procedentes de Roma y de los Colli Albani. Propuesta que ha sido precisada por Colonna más tarde. Esta periodización reconoce cuatro fases (I, II, III y IV), que a su vez se dividen en dos subperíodos (a y b), datables entre el siglo X a.C. y el 580 a.C. aproximadamente, fecha que señala el fin del período orientalizante. El momento que más nos interesa es el comprendido entre los períodos III-IVa.

Durante la Fase III (770-730/720 a.C.) el Lacio meridional se abre a las relaciones con los griegos de Cuma y Pithecusa (Anzidei 1985), iniciándose paralelamente un rápido proceso de jerarquización social, análogo al que hemos visto en Etruria. Es ahora cuando se consolidan los cultivos de vid y olivo, con lo que ello supone en los procesos de intensificación de la producción y acumulación de los excedentes agrarios. En el mundo funerario los cam-

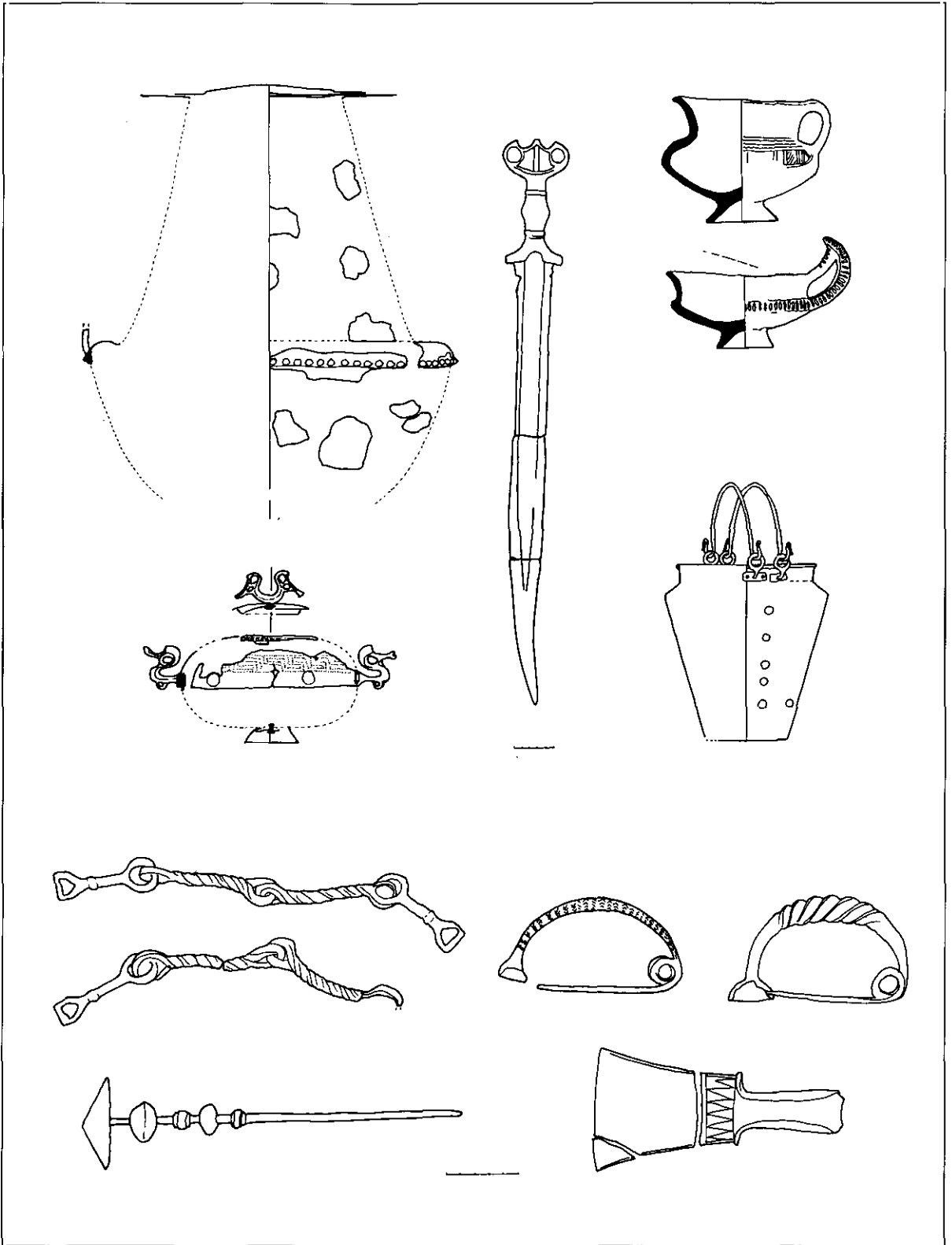


Figura 3.- Elementos más importantes del ajuar de la tumba 39 de la necrópolis Benacci di Caprara (Bologna). Según Tovoli 1989. La heroización del difunto se hace manifiesta con la deposición de bocados de caballo.

bios se vislumbran en los ajuares; la panoplia del guerrero se enriquece (yelmo, escudo, coraza), y a partir del tercer cuarto del siglo VIII a.C. se acumulan, en ciertas tumbas, tanto masculinas como femeninas, ricos bienes de prestigio, como es el caso de la tumba de carro 94 de El Esquilino (Gjerstad 1956: 232).

También contamos para este momento con otros documentos como la, recientemente publicada, tumba 600 de la necrópolis de l'Osteria dell'Ossa, que se data entre 750-725 a.C., cuyo ajuar (figs. 4 y 5) consta de una panoplia completa, objetos de bronce (un carrito incensario y un abanico, ambos elementos propios de un ajuar principesco) (Bietti-Sestieri 1993: 877). Asimismo, mencionar la tumba de carro 21 de Castel di Decima (VV.AA. 1975: 241).

La aparición de las *tumbas principescas* laciales se acompaña de importantes cambios en el hábitat de Roma, donde se produce el sinecismo de las zonas del Palatino, Esquilino y Quirinal, dejándose el Foro como una amplia zona de intercambio, más que de residencia, dada su inestabilidad hidráulica (Cristofani 1984: 37).

La fase lacial IVa corresponde al Orientalizante Antiguo (720-670 a.C.) y Medio (670-630 a.C.). Es el período de la gran eclosión del comercio griego; cuando el Foro y la Vía Sacra asumen la función de centro de la vida pública romana; cuando aparece la arquitectura monumental pública y religiosa (hacia 650 a.C.); y cuando se pavimenta el Foro, hacia 625 a.C.

Datables a fines del siglo VIII a.C. contamos con importantes vestigios funerarios de carácter principesco, como la tumba femenina de Rocca di Papa de comienzos del Orientalizante antiguo (Arietti y Martelotta 1987: 217); la T-10 de Acqua Certosa Laurentina (Bedini 1984); la tumba de carro 15 de Castell di Decima, en cuyo ajuar se documentó un servicio completo para el banquete, armas, joyas y cinco vasos protocorintios; y la T-101 femenina y de carro del mismo yacimiento (VV.AA. 1975: 241).

De estos grandes conjuntos pasamos, ya en el segundo cuarto del siglo VII a.C., a los más espectaculares entre los sepulcros principescos laciales: las sepulturas Barberini, Bernardini y Castellani de Praeneste (Anzidei *et alii* 1985), fechables entre 675-650 a.C. y síntoma de la consolidación definitiva de las aristocracias locales, con lo que podemos dar por terminado el largo proceso de diferenciación social que se había abierto en la Fase III. La espectacularidad de sus ajuares es tal que, en cierto sentido, ha distorsionado una realidad regional que no es tan apabullante. Cristofani y Zevi (1985: 122) son de la opinión de que las tumbas de Palestrina son algo

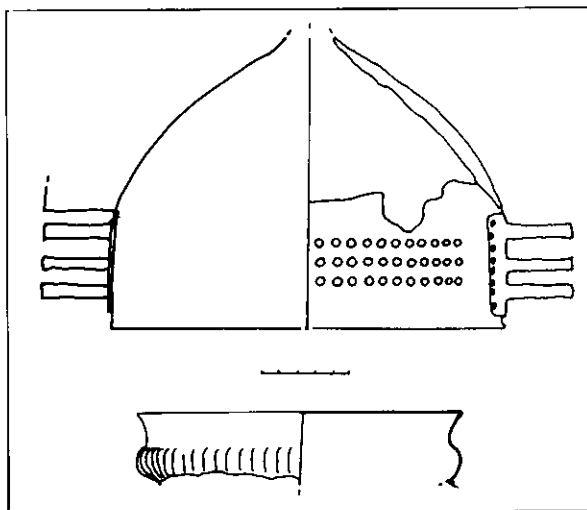


Figura 4.- Casco crestado de bronce y patera de plata de la tumba 600 de la necrópolis de Osteria dell'Ossa (Roma). Según Bietti-Sestieri, 1993.

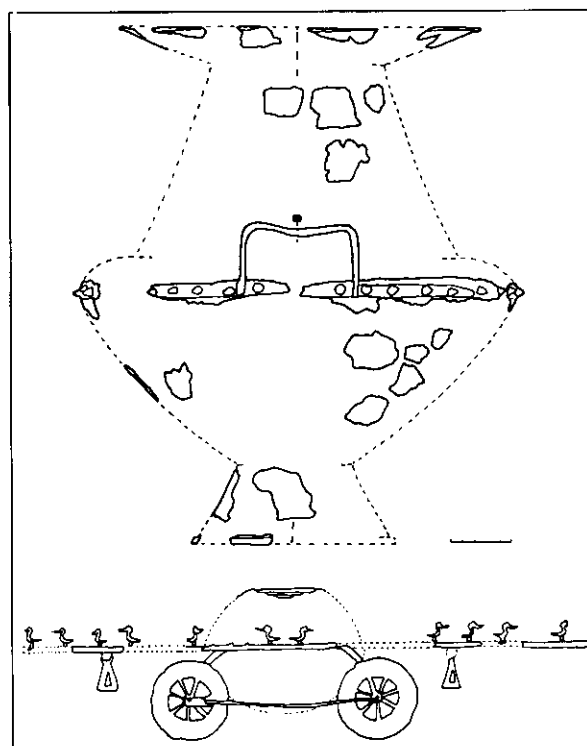


Figura 5.- Restos de la urna y de un carrito incensario de bronce de la tumba 600 de Osteria dell'Ossa (Roma). Según Bietti-Sestieri 1993. Las intensas relaciones entre la Etruria y el Lacio primitivos son palpables precisamente en elementos como el carro-incensario de cuatro ruedas, propio de ambientes villanovianos y probablemente procedentes de Veio (Bietti-Sestieri 1993: 877). Exponente, a su vez, de uno de los fenómenos más corrientes de esta época, la circulación de bienes de prestigio, que cambian de unas manos a otras, como presentes entre las aristocracias locales; prueba, asimismo, de la profunda etrusquización del Lacio romano entre los siglos VIII al VI a.C., circunstancia que se manifiesta a través del mito en la figura de Lecumone, quien marcha de Tarquinia a Roma donde será rey con el nombre de Lucio Tarquinio; o en aquel otro pasaje mítico en donde se relata que los latinos pagaban tributo al rey etrusco Mesenzio de Caere.

marginal en el Lacio. De hecho, durante la fase lacial IVa se documentan otras tumbas principescas en las que la amortización de riquezas no ha sido tan masiva, entre otras las tumbas de carro femeninas 70 de Acqua Certosa Laurentina (Bartoloni 1984), o las tumbas 13 y 121 del mismo yacimiento (Bedini 1984).

3. UNA CUESTIÓN PARTICULAR: LAS TUMBAS FEMENINAS

El problema esencial que plantean las sepulturas principescas es el de la aparición y consolidación de una sociedad nueva en la protohistoria europea en la que se ha roto el cuerpo comunitario de base igualitaria de parentesco, y en la que las diferencias socio-económicas y políticas de los distintos linajes están bien marcadas tanto en el mundo de los vivos como en la esfera funeraria. Este es un aspecto que ya ha sido tratado extensamente en otras partes, por otros autores más cualificados, por lo que no voy a insistir en ello.

Sin embargo, hay un tema sobre el que me gustaría llamar la atención, aunque sea sólo someramente. En el siglo IX a.C., cuando se están gestando las profundas desigualdades sociales de las comunidades del final de la Edad del Hierro, ciertos objetos depositados en los ajuares marcan una dicotomía sexual claramente (navajas de afeitar, determinado tipo de fibulas o husos, sólo se documentan bien en tumbas masculinas, bien en tumbas femeninas). Pero cuando emergen los sepulcros principescos el papel del sexo en la organización de aquellos pueblos pasa a un segundo plano. Lo que interesará subrayar a partir de ese momento es la pertenencia a un linaje principesco, documentándose a partir de ahora las ri-

cas tumbas de mujeres y niños, en las que son depositados ciertos objetos que son de uso exclusivo de la clase dominante. Así, el carro, primero de cuatro ruedas y luego de sólo dos, aparece en sepulcros femeninos aristocráticos en necrópolis laciales como Castell di Decima y Acqua Certosa Laurentina; como también en ambientes villanovianos y etruscos orientalizantes, Capena o Vetulonia, tal y como hemos podido comprobar en los apartados anteriores. Es el precedente de lo que sabemos que sucede en época histórica cuando las matronas romanas de la clase dominante tenían derecho a circular en carro por la ciudad; en *pilentum* (carro lento de cuatro ruedas tirado por dos bucyes) o en *carpentum* (carro ligero de dos ruedas tirado por mulos). Gras en 1983 mantuvo la idea del relevante papel social de la mujer romana, basándose precisamente en el derecho a usar carro y a consumir vino, como se deducía de las ánforas vinarias asociadas a las ricas tumbas de mujer de las necrópolis citadas (ver Bartoloni 1984).

Asimismo, entre los etruscos, el derecho de la mujer a participar del banquete lo tenemos atestado en cierta documentación iconográfica de fechas recientes (del siglo VI a.C. en adelante), pero ya en estos momentos tempranos contamos con indicios arqueológicos que corroboran este particular como la aparición del *holmos*, vaso para el banquete, en ricas tumbas femeninas de Tarquinia de fines del siglo VIII a.C. (Camporeale 1985), así como en otros yacimientos. La mujer de la aristocracia villanoviano-etrusca no juega un papel secundario como entre los coetáneos griegos, sino todo lo contrario, y estos testimonios de épocas tan antiguas se confirman con posterioridad, en época histórica, cuando sabemos por las fuentes escritas que la mujer es también depositaria y transmisora del *oikos* aristocrático en Etruria (Bartoloni y Grottanelli 1984).

BIBLIOGRAFÍA

- D'AGOSTINO, B. (1985): La formazione dei centri urbani. *Civiltà degli etruschi* (M. Cristofani, ed.), Roma: 164-175.
- ANZIDEI, A. (1985): *Roma e il Lazio dall'età della pietra alla formazione della città*. Roma.
- ARIETTI, F.; MARTELOTTA, G. (1987): Recupero di una tomba orientalizzante presso Rocca di Papa. *Archeologia Laziale*, VIII: 198-221.
- BARTOLONI, G. (1989): *La cultura villanoviana*. Roma.
- BARTOLONI, G.; GROTTANELLI, C. (1984): I carri a due ruote nelle tombe femminili del Lazio e dell'Etruria. *Opus*, III: 145-156.
- BEDINI, A. (1984): Struttura ed organizzazione delle tombe principesche nel Lazio. Acqua Certosa Laurentina: un esempio. *Opus*, III: 234-244.
- BEDINI, A.; CORDANO, F. (1977): L'ottavo secolo del Lazio e l'inizio dell'orientalizzante antico alla luce di recenti scoperte nelle necropoli di Castel di Decima. *Parola del Passato*, XXXII: 167-184.
- BIETTI-SESTIERI, A. M. (1979): *Ricerca di una comunità del Lazio protostorico*. Roma.
- BIETTI-SESTIERI, A. M. (1993): *La necropoli laziale di Osteria dell'Ossa*. Roma.
- CAMPOREALE, G. (1967): *La tomba del Duce*. Firenze.
- CAMPOREALE, G. (1985): La cultura dei principi. *Civiltà degli etruschi* (M. Cristofani, ed.), Roma: 98-117.
- CAMPOREALE, G. (1992): L'au-delà. *Les etrusques et l'Europe*, Paris: 38-43.
- CANCIANI, F.; VON HASSE, F. (1967): *La tomba Bernardini di Palestrina*. Roma.
- CRISTOFANI, M. (1984): *Gli Etruschi una nuova immagine*. Firenze.
- CRISTOFANI, M. (1985): *I bronzi degli etruschi*. Roma.
- CRISTOFANI, M.; ZEVI, F. (1985): L'espansione politica. *Civiltà degli etruschi* (M. Cristofani, ed.), Roma: 194-206.
- CRISTOFANI, M.; MARTELLI, E. (eds.) (1985): *L'oro degli etruschi*. Roma.
- DONATI, L. (1989): *Le tombe di Saturnia nel Museo Archeologico di Firenze*. Firenze.
- GIEROW, G. (1966): *The Iron Age Culture of Latium*. Lund.
- GJERSTAD, E. (1953): *Early Rome* (I y II). Lund.
- HENCKEN, H. (1968): *Tarquinia and etruscan origins*. Londres.
- HENCKEN, H. (1968): *Tarquinia, villanovans and early etruscans*. Cambridge, Mass.
- KILLIAN, K. (1977): Das Kriegergrab von Tarquinia. *Jahrbuch des Deutschen Archaeologischen Instituts*, 92: 248-279.
- MAGGIANI, A. (1973): Coppa fenicia di una tomba villanoviana di Vetulonia. *Studi Etruschi*, XLI: 348-365.
- MÜLLER-KARPE, H. (1974): Das Grag von Veji, Grotta Gramiccia. *Beitrage zu italienischen und griegischen Bronzefunde* (H. Müller-Karpe, ed.), Munich: 306-329.
- NICOSIA, F. (1992): L'épanouissement des aristocrates et le style orientalisant. *Les Etrusques et l'Europe*, Paris: 64-72.
- POTTER, T. W. (1985): *Storia del paesaggio dell'Etruria meridionale*. Roma.
- TORELLI, M. (1984): *Storia degli etruschi*. Roma.
- TOVOLI, S. (1989): *Il sepolcretto villanoviano Benacci Caprara di Bologna*. Bologna.
- VV.AA. (1975): Castell di Decima (Roma). La necropoli arcaica. *Notizie degli Scavi di Antichità*, XXIX: 232-254.
- ZEVI, F. (1977): Alcuni aspetti delle necropoli di Castel di Decima. *Parola del Passato*, XXXVII: 189-206.

